

añadir á sus inmensas posesiones, el Portugal, las colonias africanas, el imperio de las Indias y las Molucas, con una inmensidad de establecimientos comerciales desde el mar Rojo hasta el Japon. Así pues, Felipe II, podía en verdad gloriarse de que el sol no se ponía jamás en sus Estados: el Oriente y el Occidente dependían igualmente de este príncipe. ¿Como estrañar pues que el poderoso monarca aspirase á la monarquía universal? A la verdad, Campanella no hacia mas que interpretar la admiración legítima que el poder español escitaba entre sus contemporáneos, cuando redactaba para los sucesores de Carlos Quinto el plan de la conquista del mundo, viendo ya á todas las dominaciones reunidas bajo el cetro español, y reinando el catolicismo sobre todas las religiones vencidas.

CUARTO PERÍODO.

PORTUGAL BAJO LA DOMINACION ESPAÑOLA 1583—1640.

CAPÍTULO XV.

Periodo español; sesenta años de esclavitud (1583—1640).

ODIO Y TERROR INSPIRADOS POR FELIPE II.—EL TINGIDO DON SEBASTIAN (1588).—EL GOBIERNO DE FELIPE II ARRUINA EL PORTUGAL.—LAS INDIAS BAJO FELIPE II; LOS HOLANDESES EN ORIENTE; APARICION DE LOS INGLESES EN AQUELLAS REGIONES.—AUMENTA LA DECADENCIA EN TIEMPO DE FELIPE III. (1598-1621); EL ORIENTE QUEDA EN PODER DE LOS HOLANDESES.—IGUAL DECADENCIA EN AFRICA Y EN AMÉRICA.—SE EMPEORA LA SITUACION EN TIEMPO DE FELIPE IV.—EL PORTUGAL SE VE AMENAZADO CON LA PÉRDIDA DE SUS LIBERTADES.

Odio y terror inspirados por Felipe II.

Apesar de las consideraciones políticas que pueden alegarse en favor de la union de la Península y de los grandes beneficios que el Portugal debía reportar algun dia de su reunion con la monarquía de Felipe II, es incontestable que el dia en que la patria de Juan I cesó de formar un estado independiente, fué un dia de luto para todos aquellos portugueses á quienes no cegaba el fanatismo ó el interés. Hemos visto el ardor con que aquel pueblo generoso habia luchado en otra época contra Castilla, para fundar y defender luego su libertad, y el recuerdo de tan gloriosas luchas no se habia borrado de modo que los dos países estuviesen dispuestos á confundirse. Bien que los hombres y las cosas habian cambiado algun tanto, las antiguas rivalidades subsistian, y asechaban incesantemente la ocasion de satisfacerse.

Felipe II no se hacia ilusiones sobre el particular; era harto castellano para no conocer que apesar de todas sus promesas, los portugueses no verian jamás en él, sino á un extranjero y á un conquistador, de modo que todas sus miras se dirigieron á

reprimir los odios nacionales. No pudiendo pretender el cariño, solo pensó en hacerse temible; política que en efecto convenia mejor á su carácter y á sus costumbres.

Algunas conspiraciones reales ó simuladas, en las cuales parecia que el bajo clero tomaba una parte muy activa, favorecieron admirablemente los planes de Felipe II, el cual demostróse á la sazón tan riguroso y eligió con tanto acierto á sus víctimas entre aquellos cuya energía podia llegar á ser temible, que nadie pensó en adelante en sublevarse contra él, y el Portugal le obedeció tan servilmente, como todas sus demás provincias. En vano D. Antonio recorría la Francia, los Países Bajos y la Inglaterra en busca de nuevos partidarios; en vano varios impostores tomaban sucesivamente el nombre de D. Sebastian, con la esperanza de atraer á los antiguos súbditos de este rey á algunas manifestaciones populares; los soberanos extrangeros no se atrevieron á armarse en su favor, ni los portugueses á demostrarles simpatía alguna. El terror que inspiraba Felipe II, le paralizaba todo. Los mas atrevidos se limitaban á desear una ocasión favorable, esperando solo del tiempo la libertad de su patria.

El fingido D. Sebastian en Venecia (1588).

Entre los impostores que explotaban el recuerdo de D. Sebastian y que expiaron en el patíbulo el crimen de su audaz ambición, fué sin duda el mas notable el que se presentó en Venecia en 1588, refiriendo que vencido en Alcazar, habia logrado escapar de la muerte, y que despues de haber andado errante mucho tiempo por las playas del Africa, habia regresado secretamente á Portugal. Reinaba á la sazón D. Enrique y solo se pensaba en designarle un sucesor. Si D. Sebastian, continuaba diciendo el fingido personaje, no quiso darse á conocer, fué por su miseria y por los cargos que temia se le hiciesen, y para demostrar mejor á todos que no era un impostor, no tenia dificultad alguna en presentarse por todas partes admirándose aquellos que mejor conocieron á D. Sebastian, al contemplar una tan perfecta semejanza.

Se quiso poner á prueba á este personaje, pero todas las preguntas que se le dirigieron obtuvieron tan precisas y detalladas contestaciones, que el senado veneciano no se atrevió á tomar de-

cision alguna sobre el particular, consintiendo únicamente en desterrar á aquel personaje, no para castigarle, sino por complacer á la corte de Madrid, á la que empezaba á inquietar la creciente fama del nuevo pretendiente.

Don Sebastian se dirigió entonces á Florencia, continuando su papel con maravilloso éxito. Desgraciadamente los Médicis, que á la sazón reinaban en Toscana bajo el reciente título de grandes duques, eran harto humildes servidores de la España para negarse á llevar á cabo una traición. Don Sebastian fué preso y entregado inmediatamente al virey de Nápoles, el duque de Lemos. «Vos debéis reconocerme, dijo D. Sebastian dirigiéndose al virey, puesto que dos veces me habeis hablado en clase de embajador», y como Lemos le asegurase que no, refirióle hasta las mas minuciosas circunstancias de sus entrevistas. Convencido ó no, el duque de Lemos le trató con respeto y se limitó á guardarle á su lado.

Sin embargo, la fama de sus acciones aumentaba de tal modo, que la corte de Madrid no quiso dar á la opinión pública el placer de nuevas emociones. Al efecto, hizo circular en todas partes que el que se decia ser D. Sebastian, no era mas que un oscuro calabrés, el cual despues de haber recogido todas las noticias y particularidades relativas al desgraciado príncipe, habia explotado algunos puntos de semejanza que tenia su rostro con el difunto rey, engañando así á la gente crédula y logrando tomar prestado algun dinero. Además de esto, la corte de Madrid mandó que se pasease al fingido D. Sebastian montado en un burro por toda la ciudad de Nápoles; pero esta burlesca escena solo sirvió para confundir á los españoles, porque cada vez que el heraldo lo presentaba al pueblo, como á un calabrés impostor, contestaba con voz fuerte que el heraldo le calumniaba, y que verdaderamente era D. Sebastian.

Trasladado mas tarde á Castilla, y encerrado en un solitario castillo, recibió visitas de varios grandes señores y de no pocas damas que iban á verle por curiosidad; el prisionero recibia con la mayor cortesía á cuantos iban á verle, y los datos que daba ya sobre D. Sebastian ya sobre otros personajes, eran tan exactos y precisos que mas de una persona que habia entrado incrédula en el castillo, salia de allí convencida. El único recurso que

quedaba contra D. Sebastian era el de declararle hechicero, y á él se apeló efectivamente, siendo de todos modos indudable que jamás impostor alguno logró reunir pruebas mas numerosas ni convincentes de autenticidad; y si es difícil á la crítica moderna el admitir que aquel fuese en efecto D. Sebastian, no debemos sin embargo estrañar que muchos portugueses lo creyesen. Oprimidos por la España, acariciaban la idea de que aquel mismo que les habia arrebatado la independencia y la prosperidad, volveria un dia á devolverles tan inapreciables dones. Don Sebastian pues no tardó en ser para ellos lo que Arturo fué para los angustiados cambrios.

Hemos insistido en estas vanas imposturas, no porque merezcan figurar en la historia, sino porque atestiguan á la vez la impotencia de los patriotas portugueses, y la persistencia de su odio hácia Castilla. Don Sebastian no hubiera encontrado tantas copias, si los que remedaban á este personaje no hubiesen contado con las simpatías de la nacion que aquel monarca habia perdido.

El gobierno de Felipe II arruina el Portugal (1583—1598).

En el mismo momento en que el reino de Portugal bajaba al rango de una provincia española, Felipe II se entregaba con ardor á sus sueños de una dominacion universal. Preponderante en Europa, se creia seguro de reprimir la insurreccion de los Países-Bajos, de ocupar el Sund, y de ver precipitarse en sus brazos á la Francia extenuada. Faltaba solo la Inglaterra, cuya conquista habia resuelto. La ruina de Isabel le era necesaria para completar la sujecion del Occidente.

Tal fué el objeto de la *invencible armada* de 1587. Ciertamente una expedicion dirigida contra Inglaterra en nada interesaba al Portugal; pero á pesar de esto fué preciso que esta nacion diese sus buques, sus marinos, sus tesoros, y que del puerto de Lisboa partiese el gigantesco armamento lanzado por Felipe contra el Norte. Además ¿cómo negarle los recursos de que tenia necesidad? ¿no se trataba acaso de humillar á la heregía personificada en Isabel? El rey católico era, decian, el instrumento del cielo. Su victoria era la de la religion.

No pretendemos describir la serie de fatalidades y de reveses

que experimentó la invencible armada, sucumbiendo al fin por completo; baste decir que los vientos y los ingleses hicieron desaparecer muy pronto los formidables navíos enemigos. Los buques que no fueron incendiados, echados á pique ó apresados, cubrieron con sus destrozos las playas de la Europa septentrional. Desde este dia el Océano cesó de ser español, y los ingleses pudieron pretender la supremacia marítima.

En aquel gran naufragio, no era bastante para el Portugal el haber perdido sus mejores y mas hermosos buques, y su mejores marinos; sino que desde entonces los ingleses no cesaron de insultar sus playas, de bloquear sus puertos, y de interceptar su comercio. Al convertirse el Portugal en nacion española debia sufrir las consecuencias de todas las querellas de los reyes católicos.

En 1589, los ingleses, mandados por el almirante Drake, uno de los mas ilustres fundadores del poderío británico, se presentaron por primera vez ante las costas de Portugal. Es verdad que llevando en su compañía á D. Antonio, se presentaban como á libertadores. Pero es lo cierto que la suerte de D. Antonio y de su país les interesaba muy poco, porque su deseo era el pillaje, y para conseguirlo, mejor les convenia que el Portugal no recobrase su independencia. Sus inmensas colonias, sus numerosos buques eran una magnífica presa á la cual hubiera sido preciso renunciar, y es sabido que los intereses del comercio ó de la marina tienen siempre mayor influencia que la generosidad en las resoluciones de la política inglesa.

Dirigióse despues Drake hácia la Coruña, en Galicia, con el objeto de dar un terrible golpe á los restos de la marina española. Rechazado de este puerto, se dirigió hácia el Sur, desembarcó en el cabo Peniche, ocupó el fuerte y marchó contra Lisboa, de cuya ciudad solo le separaban trece leguas. Pero en vano Drake presentaba á Don Antonio á las espantadas poblaciones; en vano les llamaba á la libertad, ya fuese que las hábiles medidas del conde de Fuentes no hubiesen dejado ninguna esperanza á los portugueses; ya fuese que el odio á la dominacion española no fuese aun bastante profundo; ya en fin que los protestantes ingleses les parecieran extraños libertadores, lo cierto es que ninguno de ellos tomó las armas, y los españoles no tuvieron que ha-

cer grandes esfuerzos para rechazar á Drake. Irritados los ingleses al ver el mal éxito de su empresa, acusaron á D. Antonio diciendo que sus alhagüeñas promesas les habian hecho acometer una desgraciada empresa, y este, abandonado de todos, fué de nuevo á buscar un asilo en Francia. Reinaba á la sazón en este país Enrique IV, el cual recibió á D. Antonio con distincion, y le trató como á rey: tal vez aquel gran príncipe, irreconciliable enemigo de la España, le destinaba á ser un día uno de los principales instrumentos de su política exterior, desde el momento en que hubiese enlazado á la Francia con la paz; pero D. Antonio falleció en 1595, esto es, en el momento en que nuestro país empezaba á salir del abatimiento en que le habian sumergido treinta y cinco años de guerras religiosas.

Sin embargo, los ingleses no procuraban ocultar sus verdaderas intenciones, y no contentos con saquear la plaza de Fernambuco (1594), con atacar las Azores (1597), con apoderarse del fuerte de Arguin en las costas del Africa (1596), y con confiscar como españoles todos los buques portugueses que encontraban en la superficie de los mares, no vacilaron en devastar muchas veces el desgraciado país del cual se decian en otro tiempo aliados. En 1595, saquearon á Faro y todo el Sur de los Algarbes; en el siguiente año destruyeron Buarcos, y el Portugal no salió mejor librado de la codicia de sus protectores, que de la tiranía de Felipe II.

Las Indias bajo Felipe II; los holandeses en oriente; aparicion de los ingleses en aquellas regiones.

¿Cuál era en tanto el estado del imperio portugués en las Indias orientales? Hemos visto ya á qué estado de decadencia habia llegado en el momento de pasar bajo la dominacion de Felipe II; sin embargo, esta decadencia tomó mayores creces desde los primeros tiempos de la dominacion española. Ahora bien ¿qué podia ser el Portugal sin el Asia?

Y no se crea que Felipe II no tuviese cuidado en escoger á las personas que debian regir los destinos del Indostan, mando muy importante por cierto. Ni D. Francisco Mascarenhas, ni Manuel Coutinho, ni Matias de Albuquerque, ni D. Francisco de Gama, se mostraron indignos de sus grandes nombres; pero

aparte de que ninguno de ellos era bastante poderoso para luchar contra las antiguas causas de semejante disolucion, y que el Portugal no consagraba sino una parte de sus fuerzas en la conservacion de sus colonias, vióse tambien al mismo Felipe II abrir de repente el Oriente á los ingleses y á los holandeses. Así pues se le ha acusado de haber hecho traición al Portugal, y tambien de haberse vengado en sus colonias del odio que inspiraba su dominacion; mas no podemos creerlo, seguro como estaba aquel monarca de poder trocar prontamente el odio en amor, si lograba salvar la obra de Albuquerque y de Gama. Tal fué tal vez la política de los débiles sucesores de Felipe II, pero no la suya. Cuantas desgracias abrumaron, durante su reinado, las Indias portuguesas, fueron la inevitable consecuencia del vasto sistema político que habia imaginado, y de los implacables enemigos que habia provocado en todas partes al intentar plantearlo.

Indignado contra los holandeses á los cuales no podia vencer, concibió la idea de arruinarles cerrándoles el puerto de Lisboa, al que afluan hacia ya ochenta años todas las producciones del Oriente (1594), expulsion que fué tan ventajosa á los holandeses como funesta para Portugal, pues, arrojados de Lisboa, no renunciaron sin embargo los holandeses á las riquezas del Asia, antes por el contrario resolvieron ir ellos mismos á buscarlas al Oriente, obteniéndolas con menos gasto, y por consiguiente pudiéndolas vender en Europa á precios mas moderados.

En efecto, los holandeses no eran hombres que desesperasen facilmente, y despues de haber conquistado palmo á palmo su patria contra el Océano, no cesaban de luchar hacia ya treinta años para arrancarla de las poderosas manos de Felipe II. ¿Cuanto mas fácil les era abrirse un camino hasta el Oriente! En un principio lo buscaron por el Norte, á través del Océano Glacial; pero la naturaleza, mas fuerte que su valor, les opuso por aquella parte una barrera insuperable; entonces solo pensaron en seguir al azar las huellas de los portugueses, cuando uno de sus mas hábiles marinos, Cornelio Hoottmann retenido en Lisboa por deudas, les propuso guiarles hácia el Oriente en cambio de su libertad. Los holandeses se apresuraron á pagar las deudas del que á este precio consentia en abrirles un porvenir de riquezas y de poderío.

No tardó Cornelio en hacerse á la vela con tres buques armados por los comerciantes de Amberes; recorrió las costas del Africa occidental, dobló el Cabo, y engolfándose en los vastos mares que se presentaban ante su vista, visitó las hermosas islas de la Sonda. En todos los puntos que visitó obtuvo pruebas evidentes del odio que inspiraban los portugueses; Cornelio se hizo amar presentándose como enemigo de los opresores, y entrando en relaciones con el mas poderoso rey de Java, regresó luego á Holanda con un enorme cargamento de las especias mas preciosas.

Este primer triunfo excitó muy particularmente la codicia de los holandeses; formáronse varias compañías para la explotacion de los *países lejanos*, y todos deseaban poder beber en aquella fuente de riquezas. Hoottmann volvió á partir en 1597, y esta vez no se contentó con recorrer el Oriente, sino que fundó un establecimiento en Java, situado en una excelente posicion y en el centro de los terrenos mas abundantes en especias, si bien bastante apartado de los portugueses, á fin de no tener que luchar con ellos continuamente.

De este modo empezaron los portugueses á perder el monopolio del Oriente, es decir, el elemento en que estribaba toda su grandeza; y justo era que así sucediese en cuanto habian abusado de su ventajosa posicion durante un siglo entero. Pero no fué esto todo, y su debilidad se pone aun mas en evidencia, al considerar que no pudieron sostener la naciente concurrencia de la Holanda. En efecto, los holandeses no se limitaban, cual lo hacian los portugueses, á traer al Occidente los productos del Asia; navegantes y mercaderes á la vez, se apresuraban á repartirlos por todos los mercados de Europa, y no hubo nacion que no juzgase mas cómodo y económico recibirlos de manos de los holandeses, que tener que ir á buscarlos á Lisboa, ú obtenerlos por intermediarios.

Así pues, ¡con qué prontitud decayó la opulencia de Lisboa! Pocos años bastaron para que esta ciudad no fuese mas que un depósito secundario del comercio oriental. En último resultado, los grandes descubrimientos hechos por Gama y Albuquerque habian redundado en beneficio de los holandeses, de Amsterdam y de Amberes, y por ellos habian llevado á cabo tan grandes trabajos y obrado una revolucion en el comercio del mundo.

Desde el instante en que las Indias orientales cesaron de ser el dominio de un solo pueblo, los ingleses se presentaron en aquellas regiones poco despues de los holandeses. Reinaba á la sazón Isabel, y bajo su poderosa direccion la marina inglesa adquirió una nueva importancia; empezábase á comprender, en vista del ejemplo de Portugal y de España, la influencia de la marina en el engrandecimiento relativo de los pueblos, y al cabo de poco tiempo escribia Campanella: *La llave del mar es la llave del mundo*.

Ocupados los ingleses en rechazar los ataques de Felipe II, en incendiar una nueva armada en el puerto de Cadiz, en devastar el Portugal, y en apoderarse de las galeras y navíos que cada año derramaban sobre España las riquezas del Oriente y del Occidente, no hicieron mas que mostrarse en los mares orientales. Sus primeros establecimientos en aquellos puntos datan desde principios del siglo XVII.

Aumenta la decadencia bajo el reinado de Felipe III; (1593—1621); el Oriente queda en poder de los holandeses.

La suerte de las colonias portuguesas fué mas deplorable aun en la época del débil sucesor de Felipe II. Hasta entonces habia habido decadencia: desde aquel momento empieza la verdadera disolucion.

Los holandeses que habian sido los primeros en codiciar la herencia de los portugueses, no se contentaron con vencer al gobernador de Malacca (1601), con establecerse en las Molucas (1607), en las Celebes, en Sumatra, en Macassar y con dar una rival á Goa por medio de la fundacion de Batavia (1618); sino que se atrevieron además á atacar á los dominadores de la India hasta en el seno mismo de su imperio, y apenas habian llegado á este punto, aspiraron ya al monopolio. En valde el rey de España trataba de alejarles por medio de la amenaza del látigo con que se castigaba á todo extranjero que traficase en las Indias sin el permiso de aquél; para desafiar tan ridículos decretos, los holandeses tenian tres razones decisivas: la codicia, la fuerza y las simpatías de los pueblos sometidos á los portugueses.

Presentáronse pues sucesivamente delante de Mozambique, de Goa y de Malacca, apresando los buques, insultando á los gober-

nadores, incitando á los indios á la sublevacion, aniquilando en fin los últimos recursos con que contaban los señores del Oriente. ¿Qué podian hacer hombres como Saldanha, Martin de Castro y el arzobispo Alejo de Meneses, sobre todo cuando se veian obligados á defender con tan escasas fuerzas tan vastos dominios? Los grandes capitanes del siglo xvi, apenas hubieran podido salir con gloria de tan dura prueba.

En aquella época los ingleses, los futuros dominadores del Oriente, fundaron en él sus primeros establecimientos. El almirante Drake, que acababa de dar la vuelta al mundo, habia propuesto á Isabel que fijase su atencion en el Asia, y aquella soberana así lo hizo. Bajo el reinado de su sucesor, en 1612, los ingleses tenian ya factorías en Surate, en Bentam, en Achem, y en las Molucas; y fueles muy beneficiosa la proteccion que les dispensó el Gran-Mogol, con la vana esperanza de llegar á ser un dia el fiel de la balanza entre ellos y los portugueses.

Hasta los pueblos de la Europa septentrional, atraidos por la noticia de los inagotables tesoros que encerraba el Oriente, intentaron recoger sus despojos: los daneses ocuparon á Tranque-mar, en la costa de Coromandel, en 1616; y los buques suecos se presentaron varias veces en las playas del Indostan, siendo doloroso el consignar, cuando se examina el graude y repentino desarrollo de la marina europea, que el nombre de la Francia apenas figura en tales empresas. No es que el previsor Enrique IV hubiese desconocido jamás la importancia de la marina nacional; testigo de ello, las expediciones á Madagascar y al Canadá; pero las horribles enfermedades que afligieron á nuestros primeros colonos, y sobre todo la prematura muerte del rey, mataron al nacer aquellas tímidas tentativas, y la compañía de las Indias se vió reducida á vender por veinte mil francos la naciente colonia de Madagascar.

Si descendemos á analizar las causas de los rápidos progresos que los rivales de los portugueses hicieron en las Indias, veremos que no tan solamente contribuyó á ellos la profunda decadencia de aquel imperio, sí que tambien la excelente organizacion de las nuevas colonias. No era ciertamente en nombre y provecho de su gobierno que los holandeses, y á su ejemplo los ingleses, llevaron á cabo tan grandes empresas marítimas: el es-

tado se contentaba con protegerles, delegando sus derechos á una compañía de las Indias la cual tenia así todos los peligros y todos los beneficios de la soberanía. Si la empresa salia bien, la nacion se enriquecia, y como consecuencia de ello, tambien el gobierno; y si la empresa fracasaba, la ruina de los asociados no arrastraba la del país.

Igual decadencia en Africa y en América.

Durante el triste decaimiento de la grandeza portuguesa no fué solamente en las Indias Orientales, sino tambien en el Africa y en el Brasil donde los holandeses y los ingleses perseguian á los degenerados sucesores de Gama y de Cabral, y mientras que los holandeses se enriquecian con innumerables presas, y los ingleses ocupaban Santa Elena, las dos compañías de Londres y Plymouth no cesaban de conducir á las playas de la América, á multitud de decididos colonos.

¿Pero qué se ha hecho del antiguo principio del monopolio marítimo ó mejor de la famosa bula de Alejandro VI dividiendo entre Castilla y Portugal la inmensidad de los mares? Nada queda de ello, y la antigua tesis de, *mare clausum*, *mare liberum*, se ha resuelto de modo que el Océano es una propiedad comun, accesible á todas las ambiciones, y á todos los hombres valerosos.

Tal fué la decadencia de Portugal bajo el reinado de Felipe III, ó mejor del duque de Lerma. ¿Cuarenta años habian bastado para hacerlo descender de tanta altura! Esto nos recuerda que durante el mismo período, sucedió lo mismo con la magnífica monarquía de Carlos V, cuyo poderío se eclipsó tan completamente y tan pronto, que en vano se buscaria en la historia el ejemplo de tan memorable cambio.

Por lo que toca á Portugal, como Felipe III profesaba la máxima constante de vivir en paz con la Europa, no espermentó al menos el dolor de sacrificar sus tesoros y su sangre á los belicosos caprichos de los nuevos señores; pero empobrecido por la concurrencia y deshonorado por los reveses, vió destruidos uno á uno todos sus privilegios, á pesar de los solemnnes juramentos de Felipe II. Despues de haber concebido, segun se dice, el gran pensamiento de trasladar la corte á Lisboa, Felipe III solo visitó una vez aquella ciudad (1619) para dar á reconocer á su hijo. Las

cortes que eran únicamente una vana sombra desde que los cortesanos y los jesuitas dominaban en ellas, se apresuraron á ejecutar su voluntad, atestiguando con magníficas fiestas el justo agradecimiento de los portugueses.

Se empeora la situación en tiempo de Felipe IV.

La España adquirió nuevos títulos al odio de los portugueses, cuando el belicoso Olivares sucedió al pacífico duque de Lerma. En vez de seguir la modesta política que la España había observado desde 1598, el duque de Olivares no titubeó en volver á la época de los gigantescos sueños de la casa de Austria. *Todos contra la España, la España contra todos*, tal era la divisa que se obstinaba en seguir, apesar del abatimiento de la monarquía, y del terrible ejemplo que le suministraban los resultados obtenidos por Carlos V y por su hijo Felipe II.

No debemos describir aquí el estado de decadencia á que la loca ambición de Olivares precipitó á la desgraciada monarquía española. ¿Qué consecuencias tuvo con respecto á Portugal? Las mas desastrosas sin duda. Al provocar á la Holanda, á la Inglaterra, á la Francia y á toda la Europa, parecia que Olivares se proponía convidar á todos los pueblos para tomar parte en el definitivo reparto del imperio portugués.

Al igual de lo que sucedió en tiempo de Felipe III, los holandeses sacaron el mejor partido. Dueños del comercio de Oriente, no quisieron dejar á los portugueses ni los estériles restos de su antiguo poderío, y se apoderaron de una parte de Ceylan (1632) y del Japon (1639), en Asia; de San Jorge de la Mina (1637), en la costa de Oro, en Africa; y de la mitad del Brasil (1624 á 1635). Fué tal la facilidad de esta última conquista, que San Salvador, Fernambuco, Tamacara, Paraíbo, y Rio-Grande cayeron casi sin resistencia, en manos de los nuevos soberanos del Océano, y en 1640, siete de las catorce colonias fundadas por los portugueses en las hermosas playas de la América meridional, dependían ya de la compañía holandesa del Occidente.

Si en semejante estado de cosas y á pesar de la poderosa ayuda de Shah Abbas, los ingleses solo lograron apoderarse de la importante posición de Ormuz (1623), débese atribuir á la rivalidad de los holandeses, pues los portugueses, incapaces ya de

resistir á ninguno de sus enemigos, no conservaban sino lo que buenamente se les queria dejar. Añádase á esto que la vista de Inglaterra estaba fija entonces en el continente de la América septentrional, en cuyo punto los puritanos perseguidos por los Estuardos, iban á buscar un asilo para su proscrita fe y su oprimida libertad. De estos gloriosos gérmenes nacerán los Estados-Unidos.

El Portugal se ve amenazado con la pérdida de sus libertades.

No bastaba que los portugueses viesan sus hermosas colonias en poder de los holandeses y de los ingleses; Olivares queria arrebatárselas á la vez su poder y sus últimas libertades. En vano invocaban las promesas de Felipe II, en vano reclamaban contra las usurpaciones de Felipe III; sus tesoros solo servían para alimentar la loca ambición de la España, mientras que la marina nacional se perdía miserablemente, que las fortalezas se desmoronaban á falta de reparaciones, y que todos los favores estaban reservados para los extranjeros. El Portugal no era ya un reino sino una provincia, un país conquistado, cuyo último vigor pretendían matar sus desalmados señores temiendo que fuese empleado en la venganza.

CAPÍTULO XVI.

El Portugal recobra su independencia (1640).

PRIMERA RESISTENCIA; PRIMERA SUBLEVACION.—JUAN DUQUE DE BRAGANZA; DOÑA LUISA; PINTO.—OLIVARES PROVOCA LA INSURRECCION; LOS CONJURADOS PROCLAMAN REY Á DON JUAN.—REVOLUCION (1.º DE DICIEMBRE DE 1640); RENACIMIENTO DE PORTUGAL.

Primera resistencia; primera sublevacion.

El sistema de debilitar á Portugal parecia haber llegado á su término cuando en 1634, en el momento de sostener una lucha formidable contra Richelieu, pidió nuevamente Olivares cincuenta mil cruzados de oro, y las cortes apesar de la servidumbre que pesaba sobre ellas, declararon que era absolutamente imposible el aprontarlos. Sin embargo, ningun caso se hizo de esta declaracion, y en 1637 Olivares, en lugar de renovar la pe-